

AGRADECIMIENTOS

Habiendo cubierto los créditos de la Maestría en Estudios del Este de Asia, pero ya resignada a no pasar de la licenciatura, el doctor José Luis Sobreres —siendo director del Instituto de Investigaciones Jurídicas— me allanó el camino para reiniciar el proceso conducente a la obtención del grado de maestría, y me dio el apoyo necesario para preparar la correspondiente tesis, convertida posteriormente en este libro. Por ello estoy en deuda con él.

Todo mi reconocimiento para el doctor Lothar Knauth, el doctor Sergio García Ramírez, el doctor Arturo Ramírez, el doctor Carlos Uscanga, y la doctora Vera Valdés, por la benevolencia con la que me hicieron notar los aspectos que había que modificar o resaltar para mejorar el trabajo realizado.

Agradezco al doctor Manuel Becerra su generosidad al proporcionarme libros que forman parte medular del análisis del imperialismo japonés.

Mi gratitud a mi amiga Lucía Aragón por su paciencia —que deja corta a la del Santo Job— practicada casi al infinito en los múltiples cambios que le pedí en el proceso de edición; asimismo arduos fueron los procesos de formato y diseño, realizados por ella con incansable amabilidad y extraordinaria destreza.

Conocía los conceptos *compostura*, *aplomo*, y *dignidad*, por haberlos leído atribuidos a personajes de ficción, pero no por haberlos visto encarnados en persona alguna, hasta que hace años observé la manera de sentarse de un anciano caballero japonés, epítome de los tres. Me impresionó tanto que quise ahondar en la cultura que podía nutrir el crecimiento de alguien así. En ese empeño con mayor o menor éxito practiqué varias artes japonesas, por una casualidad di con el budismo zen, luego con el arte japonés, y después con la historia de Japón. En ese momento caí en la cuenta de que si en vez de estudiar sola lo hacía en una institución de educación superior, podía obtener un grado académico; ese trabajo culmina con este libro. Pero de *compostura*, *aplomo* y *dignidad*... ¡nada!

La primera historia de Japón que leí despertó tanto mi interés, que con ella inicié un estudio del que este trabajo es resultado. Ese libro fue obsequio de mi tío Rubén Bonifaz Nuño, al que agradezco la posibilidad de desarrollo que me abrió con su regalo.

Sin el apoyo moral y material de mi hermana, Alma Chapoy Bonifaz, no hubiera podido redactar este libro. Ella es el mejor regalo que me hicieron Dios y mis padres.

Por la amorosa y devota compañía con la que me sostuvieron durante largas horas de trabajo, mi agradecimiento y cariño a doña Gatinea Gattossi, a Shoogun, y a Hoshí. Ya no en la carne, siguen acompañándome en espera de compartir un nuevo cielo, y una nueva tierra.